GT 49: Fútbol, cultura y sociedad

«¡Yo soy español!»: una aproximación crítica al proceso de resignificación nacional

Ignacio Ampudia de Haro

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

ignacioampudia@gmail.com

Introducción

El objetivo del presente artículo se centra en la búsqueda de la persistencia y hegemonía de los rasgos tradicionales del discurso nacionalista español en las manifestaciones lúdico-deportivas de la nacionalidad que tan habituales han sido a partir de la victoria en la Eurocopa de 2008. Sirviéndome de herramientas propias del análisis crítico del discurso, esencialmente de la transitividad, así como de bibliografía especializada y diferentes artículos de prensa generalista y deportiva, este texto se estructurará en cuatro apartados. En el primero de ellos se abordará la problemática gestión de la memoria del periodo dictatorial español, exponiendo algunas de sus consecuencias más relevantes en el periodo actual, con especial atención a la interpretación de la simbología nacional. En el segundo se llevará a cabo un breve recorrido histórico de bandera e himno con el fin de contextualizar el conflicto. En el tercero se expondrá el cambio de concepto del juego de la selección española buscando su proyección en el discurso sociopolítico y en la cuarta y última, a modo de conclusiones, se esbozará el perfil del pretendido nuevo discurso nacionalista español bajo el amparo de la neutralidad de las celebraciones de las victorias en los diferentes torneos internacionales.

I. La gestión de la memoria

Uno de los grandes desafíos a los que se enfrentan las naciones que dejan atrás periodos dictatoriales reside en qué hacer con ese pasado que tan conflictivo resulta a la hora de construir un nuevo periodo democrático[1]. A lo largo del siglo XX, multitud de países ya sea en Europa, Asia o Sudamérica, se han visto obligados a afrontar el espinoso asunto de cómo encarar la interpretación

1 Para una profundización en torno a las diferentes preguntas sobre la gestión del pasado, ver Garton Ash, Timothy.: «La verdad sobre la dictadura» en *Historia y Política*, Madrid, nº1 (1999): pp. 26-47.

de su pasado más reciente en aras de lograr una compensación para los agraviados por las depuraciones, persecuciones y represiones y que deben integrarse en la nueva realidad nacional. Estas reparaciones son elementales si se quiere que todos ellos formen parte activa y positiva de un nuevo relato que los incluya y los valore como constituyentes del proceso de reedificación nacional. Se han ensayado diferentes fórmulas para alcanzar el objetivo, algunas con más éxito que otras, todas ellas en función de las circunstancias de cada proceso histórico y mientras en Perú, Chile, Argentina, Uruguay o Paraguay se apostó por la creación de comisiones de la verdad y la reconciliación para estudiar los abusos de sus etapas dictatoriales, en España se optó por el silencio y el olvido para que la *política de consenso* llegase a fructificar[2].

El relato hegemónico sobre la transición española se ha vendido al resto del mundo como un proceso de reconciliación nacional ejemplar en el que fuerzas políticas de derecha y de izquierda se dieron la mano para superar con garantías una dictadura de más de treinta y cinco años, una dictadura que fue resultado de una guerra civil provocada por un alzamiento militar contra la II República en 1936. A pesar de que muchos autores[3] han insistido en que lo que realmente ocurrió en España fue una política de abolición de la memoria propiciada por las excesivas concesiones que la izquierda represaliada hizo a la élite dirigente, la creencia popular es que el país no tenía otra alternativa para superar la crisis que desencadenó la muerte de Franco. Este argumento reduccionista es el único modo de explicar el temor a una nueva guerra civil que se habría desatado por la respuesta militar a posibles políticas de reparación de la memoria, búsqueda de responsables o juicios contra dirigentes franquistas[4]. Esta política de *reconciliación nacional* o de *amnesia selectiva*, según dónde se ponga el foco, fue posible gracias a la renuncia de depurar los comportamientos represivos del pasado. El recambio generacional en los cuadros políticos que dirigieron la transición constituyó la mejor garantía para los responsables de la dictadura de que sus excesos nunca serían juzgados por el régimen resultante del proceso[5]. A cambio, los militares permitieron la legalización del Partido Comunista de España, liberaron a todos los presos políticos y consintieron la celebración de unas elecciones democráticas. Impunidad e inmunidad por democracia.

El diseño constitucional de 1978 confeccionó un estado sólido y bien articulado atendiendo a la coyuntura después de no pocas discusiones y negociaciones entre los herederos ideológicos de ambos bandos. Si bien este tipo de transiciones políticas dirigidas desde las élites permiten una salida rápida y feliz de periodos dictatoriales, su recorrido acostumbra a ser corto cuando la

2 Rafael del Águila, Ricardo Montoro o Ramón Cotarelo sostienen posiciones tradicionales. Para posiciones divergentes, que son las que se siguen en este artículo, ver Paloma Aguilar, Richard Gunther, José Vidal- Beneyto, Eduardo Pons Prades, Gregorio Morán o Amadeo Martínez Inglés.

3 Interpretaciones que se pueden ampliar en las obras de Fernando Jaúregui, Manuel Menéndez o Josep Colomer.

4 Aguilar Fernádez, Paloma.: *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid: Alianza, 2008.

5 Este aspecto puede resultar un tanto paradójico ya que el recambio se suele asociar con la renovación y ésta a su vez con un clima de ruptura. Sin embargo, la nueva generación política que tomó las riendas de la situación después de la muerte del dictador estaba compuesta por individuos formados y socializados en la dictadura. Esa filiación explica la tranquilidad de los mandos militares implicados en décadas de depuraciones.

siguiente generación reclama mayor peso y participación en la vida política. El caso español no es excepcional ya que en los últimos años se asiste a un considerable desgaste de las instituciones políticas por múltiples factores, entre ellos, la acusada crisis económica y la reclamación por parte de algunos sectores de la reapertura y revisión de las políticas de reconciliación nacional. La percepción de estos sectores es que la transición fue un proceso en que las élites amparadas por la dictadura conservaron la mayor parte de sus prebendas a cambio de pequeñas concesiones que en poco o nada alteraron su hegemonía como agentes de poder en el nuevo régimen.

Es relativamente sencillo rastrear las huellas de estas élites en la actual composición de la judicatura[6] y del Partido Popular, el partido de corte conservador fundado por Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo entre 1962 y 1969 y destacado miembro del régimen de Franco, que alterna el legislativo y el ejecutivo con el Partido Socialista además de controlar gran número de comunidades autónomas y ayuntamientos. Algunos de sus miembros son bien conocidos por no ocultar su simpatía con el régimen franquista, una cercanía manifestada con frecuencia en declaraciones públicas, en las diferentes publicaciones de FAES[7] y de un modo más informal en las redes sociales donde se pueden encontrar fácilmente fotografías de algunos miembros de Nuevas Generaciones, la cantera del partido, exhibiendo banderas franquistas con orgullo y nostalgia[8].

El Partido Popular ha sido el principal encargado de la recapitalización de significado de la bandera española tratando de acomodar un símbolo demasiado cargado de connotaciones negativas para buena parte de la población española a un discurso que pretende describir una identidad armónica que engloba a todos los españoles. En 2002, dentro de este proyecto se izó una gran bandera española en la plaza de Colón de Madrid, la más grande de todo el país a propuesta de José María Aznar después de quedar fascinado con el tamaño de la bandera mexicana que ondea en la plaza de la Constitución del Distrito Federal. Desde los micrófonos populares se acometió una ofensiva identitaria que buscaba sacudirse los complejos en torno a la nacionalidad y al orgullo de sentirse español. Para ellos, sentirse español ha dejado de ser un pecado, una falta o una excentricidad. Sentirse español es lo mejor que puede hacer un español por sí mismo y su país y

6 De entre todos los ejemplos que podrían ilustrar la afirmación, son especialmente significativos los de Francisco Pérez de los Cobos Orihuel, actual presidente del Tribunal Constitucional, cuya militancia activa en el Partido Popular ha sido recientemente admitida por él mismo así como el de Ramón María Álvarez de Miranda, presidente del Tribunal de Cuentas, organismo fiscalizador de las cuentas de los partidos políticos, cuyo padre, Fernando Álvarez de Miranda, ocupó la presidencia de las Cortes como miembro de UCD (Unión de Centro Democrático), el partido que capitaneó la transición española.

7 La Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales es una fundación de carácter privado que recibe generosas ayudas públicas y que tiene como objetivo el «fortalecimiento de los valores de la libertad, la democracia y el humanismo occidental». Su actual presidente es José María Aznar, ex presidente del gobierno de España, e informalmente se conoce a esta fundación como el *think tank* que fabrica los argumentarios del Partido Popular.

8 Este repunte del orgullo franquista se puede seguir en el diario *Público* en sus ediciones del mes de agosto de 2013 y la polémica respuesta al respecto de Rafael Hernández, portavoz adjunto del Partido Popular en el Congreso en http://www.publico.es/465031/hernando-pp-se-reafirma-en-twitter-y-culpa-a-la-republica-de-la-mayor-tragedia-de-nuestra-historia (Consultado: 6/SEP/2013)

exhibir con orgullo los símbolos es la mejor expresión de que los traumas del pasado ya no pertenecen a las generaciones modernas y jóvenes nacidas en democracia[9].

El éxito del mensaje se podría medir por su incidencia en las calles, por la frecuencia de exhibición y por la cantidad de soportes en los que hoy se puede ver la rojigualda donde antes no había nada. Pero el problema sigue siendo el mismo: la asociación del símbolo con determinada ideología. Si la ofensiva identitaria hubiera partido desde la izquierda, el efecto habría sido diferente pero que los populares reclamen la bandera como parte esencial de la identidad nacional es lo más previsible que podría ocurrir. El recorrido es sencillo. Si el Partido Popular se relaciona con el franquismo y el franquismo hizo de la bandera su emblema más importante, que los populares traten de reinterpretar la bandera es sinónimo de que los *buenos españoles* siguen patrimonializándola. Y para confirmarlo no hay más que observar alguna de las manifestaciones de agrupaciones o asociaciones cercanas ideológicamente a la derecha para comprobar que la bandera española ondea con profusión y naturalidad mientras que en las manifestaciones de los sectores ideológicos cercanos a la izquierda abundan las banderas del periodo republicano. El mito de las *Dos Españas* se actualiza con este tipo de observaciones en superficie, una España que se divide, *grosso modo*, en dos grandes bloques: izquierdistas a un lado entre los que se cuentan los nacionalistas, a pesar de que muchos de ellos sean de corte conservador, y al otro lado los derechistas, asociados con el franquismo y con las clases acomodadas que se dicen orgullosas de haber nacido en España.

II. La bandera de algunos y un himno sin letra

La bandera española ha ido sufriendo modificaciones a medida que se han ido sucediendo los diferentes momentos históricos protagonizados por regímenes políticos de muy diferente naturaleza. Fue Carlos III quien ordenó en 1785 mediante un Real Decreto *que usen mis Buques de guerra de bandera dividida á lo largo en tres listas, de las que la alta, y la baxa sean encarnadas, y del ancho cada una de la quarta parte del total, y la de en medio amarilla*[10] para evitar así las constantes confusiones que se daban en las batallas navales. Durante el siglo XIX la bandera rojigualda conoció diferentes escudos en su interior pero mantuvo sus colores intactos hasta el 14 de abril de 1931, fecha en que se proclamó la II República y la franja más baja cambió el rojo por el morado. El cambio respondía a un doble objetivo. En primer lugar se trataba de reconocer en el emblema el papel esencial que Castilla había jugado en la historia de España ya que ese es su color tradicional[11] y en segundo lugar se buscaba la diferenciación con la rojigualda, tradicionalmente asociada a los partidarios de la monarquía. La tricolor republicana fue incluso exhibida por el

9 El nacionalismo español no cree que la condición de España como nación surja exclusivamente de la Constitución de 1978 sino que ya desde el siglo XV es posible rastrear los lazos afectivos y emocionales que configuran la condición nacional previa a la democracia.

10

11

bando sublevado dirigido por el general Franco durante los meses inmediatamente posteriores al inicio de la guerra civil pero éste rápidamente adoptó de nuevo la rojigualda por motivos estratégicos de reconocimiento en los frentes de batalla. Después de la victoria del bando sublevado, Franco adoptaría a partir de 1945 la rojigualda con el escudo del águila de San Juan, símbolo característico de la reina Isabel la Católica, el yugo y las flechas, una composición que sería la oficial hasta 1981[12] cuando se sustituyó el águila por el actual escudo cuartelado de Castilla, León, Aragón y Navarra, con la granada en punta y el escusón central de la casa de Borbón, timbrado por corona Real y con las columnas de Hércules a sus costados.

El himno español presenta un recorrido histórico bastante similar al de la bandera. Fue también bajo el reinado de Carlos III cuando la *Marcha Granadera*, de autoría desconocida, pasó a convertirse en la *Marcha de Honor* en 1770, una sintonía que la población rebautizó como *Marcha Real* ya que era la que solía acompañar a los actos del Rey, la Reina y el príncipe de Asturias. Un siglo después, el general Prim, como presidente del Consejo de Ministros de España, convocó un concurso para crear un nuevo himno nacional pero después de analizar las diferentes propuestas, se llegó a la conclusión de que ninguna de ellas alcanzaba la calidad de la *Marcha Real*, de modo que siguió siendo el himno oficial español hasta la proclamación de la II República en 1931 cuando se sustituyó por el *himno de Riego*. Sin embargo, el general Franco restituyó la *Marcha Real* en 1936 institucionalizándolo como himno español hasta el momento. A lo largo de su historia, el himno ha tenido diferentes letras, todas ellas oficiosas hasta la instauración de la dictadura cuando se oficializó la composición que, por encargo de Primo de Rivera, escribió José María Pemán en 1928. Con la muerte de Franco y la llegada de la democracia, la letra que se cantó durante el régimen se suprimió y hoy día es el único himno del mundo que no tiene letra, circunstancia que si bien ilustra al detalle los problemas de definición identitaria que arrastra España, ha tratado de ser resuelta por medio de diferentes iniciativas institucionales durante el gobierno de José María Aznar (1996-2004) o la que encabezó el Comité Olímpico Español en 2007 con resultados bastante pobres ya que ninguna de ellas logró el beneplácito de los españoles.

Como cualquier otro símbolo, una bandera o un himno siempre son excluyentes ya que definen tanto a los que están dentro del mismo como a los que están fuera, pero en el caso del franquismo la apropiación de la simbología nacional por parte del régimen todavía hoy se hace palpable. Exhibirla ya sea en los balcones de las casas, en forma de pulsera o de camiseta se relaciona automáticamente con un posicionamiento favorable al régimen y sus políticas. Los diferentes gobiernos democráticos han tratado de desmarcar el significado de la simbología de ese periodo en que bandera e himno fueron patrimonializadas por el nuevo Estado surgido tras la guerra civil buscando la adhesión de todos los españoles, tanto los que fueron beneficiados por el régimen como los que fueron expulsados por motivaciones políticas. Los resultados no han sido los esperados porque las diferentes sensibilidades identitarias que conviven en España no han logrado encontrar puntos de

12

anclaje para conformar un relato unitario. Algunos sectores del nacionalismo vasco, catalán y gallego, por nombrar los más significativos, no se sienten amparados bajo esa simbología que siguen considerando específica de un nacionalismo expansivo, en este caso el español[13], que busca diluir en la bandera excepciones un tanto incómodas para la unidad española. Del mismo modo, y no necesariamente pasando por posturas nacionalistas de la periferia, una periferia que se define desde la óptica centralista, ocurre con aquellas personas que presentan una firme oposición a la exhibición simbólica nacional por motivos más relacionados con la memoria y las experiencias que vivieron bajo el mandato de un régimen opresivo.

III. De la *furia española* al *tiqui-taca*

Durante años se conoció a la selección española de fútbol como la *furia española*, un término que fue acuñado originalmente por los propagandistas sajones precursores de la leyenda negra para definir lo que supuso el saqueo de Amberes en 1576 por parte de los tercios castellanos en respuesta por el impago de sus salarios. Esta representación claramente negativa se transformó en un valor positivo en los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920 en los que España consiguió la medalla de plata en la competición futbolística. En un encuentro ante Suecia correspondiente a la segunda fase del campeonato, Belauste, futbolista vasco que militaba en el Athletic de Bilbao, pronunció la frase que fue recogida por un reportero español y que inspiró la actualización del adjetivo[14].

Durante décadas la selección nacional española participó sin pena ni gloria en las fases finales de competiciones internacionales cayendo habitualmente en primera fase o en cuartos de final. La única excepción se dio en la Eurocopa de 1964 celebrada en suelo español cuya final estuvo cargada de simbolismo. España se jugaba en el Santiago Bernabéu el trofeo contra la Unión Soviética en plena guerra fría, un enfrentamiento elevado a categoría política por la oposición entre regímenes. El gol de Marcelino en los últimos minutos de la final dio la victoria a España y por tanto su primer título internacional de renombre, un éxito que quedó sepultado en el olvido bajo los repetidos fracasos de la selección en mundiales y eurocopas. Sin embargo, y a pesar de los pobres resultados cosechados años después, la prensa trataba de inflamar el ánimo de los españoles agitando cada dos años el tópico de la *furia española* que si bien sonaba muy heroico, apenas conseguía plasmarse en el terreno de juego. Se decía que para España bastaba con entregar hasta la última gota de sudor en el césped para alcanzar la gloria. El problema es que nunca había gloria[15]. Especialmente intenso fue este discurso a lo largo del periodo en que Javier Clemente entrenó a la selección española. El de Baracaldo estuvo al frente del combinado nacional entre 1992 y 1998 logrando la clasificación para las fases finales del Mundial de 1994, la Eurocopa de 1996 y el Mundial de 1998, cayendo en cuartos de final en las dos primeras fechas y en fase de grupos en la última. Su concepción del juego consistía en la combinación de un orden defensivo espartano con furia, garra y entrega a pesar de que sustituyera sin miramientos a la *Quinta del Buitre* criada en el Real Madrid como columna

13
14
15

vertebral del combinado por los jugadores clave del FC Barcelona de Johan Cruyff. Sin embargo, en el juego de su combinado no hubo rastro alguno del planteamiento del *Dream Team* del holandés. Con Clemente, Guardiola se acostumbró a la suplencia en detrimento de Alkorta u otros centrocampistas de corte más tosco.

Clemente fue sustituido por José Antonio Camacho, mucho más cercano a una concepción del juego basada en defender con orden para atacar con velocidad. Con él, el juego de bandas español fue sublimado de la mano de jugadores como Joaquín y Luque. El juego mejoró pero España volvió a caer en cuartos de final por penaltis ante Corea del Sur ahondando en la crisis futbolística de un país que contaba con dos de los mejores clubes del mundo pero que no lograba armar una idea de juego que pudiera competir por los grandes trofeos internacionales. La adscripción con la selección siempre estuvo en un segundo plano, incapaz de competir con la pujanza de Real Madrid y FC Barcelona, que se repartían la hegemonía en el campeonato doméstico y que competían cada temporada por la Copa de Europa. Los aficionados de clubes pequeños solían declarar sin remilgos que su segundo equipo es el Real Madrid o el Barcelona. Actualmente, la selección española ocupa ese lugar[16].

Con la salida de Camacho, la Federación apostó por Iñaki Sáez, un entrenador desconocido para la mayoría de los aficionados pero fajado en las categorías inferiores de la selección. En los dos años que aguantó en el cargo apostó por la continuidad del juego por los costados y la elaboración con los pocos centrocampistas creativos que se podían encontrar pero la eliminación en cuartos de final a manos de Portugal en la Eurocopa de 2004 precipitó su cese. Para sustituirlo, la Federación confió en Luis Aragonés, *el Sabio de Hortaleza*, un viejo conocido de los aficionados y experimentado en los banquillos de multitud de equipos de primera división. Su estreno en una gran competición se produjo en el Mundial de 2006 celebrado en Alemania. En su lista definitiva comenzaban a vislumbrarse algunos apuntes de cuál sería su apuesta pero de nuevo España cayó en cuartos de final ante la Francia de Zidane. En esta ocasión la Federación decidió la continuidad del seleccionador con la idea de dar estabilidad al proyecto y mientras apelar a la furia ya era objeto de mofa por parte de la inmensa mayoría de los aficionados, Aragonés se planteó la problemática desde la raíz. Según su razonamiento, España nunca había sacado partido de sus mejores jugadores. Los españoles nunca fueron tan altos y organizados como los alemanes, ni tan guerreros como los uruguayos, ni tan fuertes como los ingleses, ni tan ganadores como los brasileños. España nunca había destacado por producir ningún tipo de jugador específicamente hasta que se percató de que lo que sobraba en España era talento entre los centrocampistas, un talento trabajado por todo el país pero especialmente en La Masía del FC Barcelona, un talento sembrado por Cruyff durante la década de los noventa y recogido por Frank Rijkaard a comienzos de la siguiente. Aragonés cambió la estrategia y donde hubo furia ahora trataba de imponerse un juego que se construía en torno a la asociación de centrocampistas de pequeña estatura, rápidos e inteligentes, jugadores acostumbrados desde pequeños a sacar el balón jugado desde su propia área con la única premisa de dar siempre un

16

toque mejor que dos. En torno a Xavi, Iniesta, Xabi Alonso, Silva, Cazorla o Fábregas, España desplegó un juego cartesiano de lado a lado de la cancha tratando siempre de mantener el control el juego. «Con la pelota en los pies, no te atacan» repetía una y otra vez sabedor de que no contaba con grandes zagueros. La apuesta parecía arriesgada y cerca estuvo de fracasar por el fatalismo tan característico de medios y aficionados españoles. De nuevo en cuartos de final sobrevolaba la sombra de eliminación. En cuartos y ante Italia, su gran bestia negra, la Italia que nunca perdía, la Italia que siempre mataba los partidos en la *zona Cesarini*. El encuentro fue árido. Ni los italianos querían atacar ni los españoles perder, probablemente atenazados por el peso de la historia, de modo que el encuentro llegó hasta los penaltis, esa suerte tan azarosa después de dos horas de juego. Pero España, encomendada a los guantes de Casillas y a la precisión de Fábregas encargado de ejecutar el penalti definitivo, logró superar la fase fatídica y llegó hasta las semifinales de la competición continental mostrando un juego que se antojaba resultado de un proyecto, de una idea muy concreta que esta vez sí estaba ejecutada por los jugadores apropiados. De sobra es sabido que las victorias refuerzan los ideales que las producen y en este caso, eliminar a Italia fue el acicate necesario para que España llegara lanzada a su primera final continental en más de cuatro décadas después de despachar con suficiencia a Rusia en semifinales. El título se jugaba contra Alemania y la prensa se debatía entre los elogios por la gesta alcanzada y un tímido aliento de victoria, como si llegar a la final ya fuese suficiente premio para una apuesta tan arriesgada. Sin embargo, la victoria ante los alemanes alcanzada por medio de una soberana exhibición de *tiqui-taca* desbordó todas las previsiones, tanto las de la prensa como las de los aficionados, un tanto desconcertados ante la gestión de un escenario absolutamente desconocido.

La Eurocopa de 2008 marcó el comienzo de la era dorada del fútbol español. Los españoles querían reconocerse en un combinado capaz de conquistar cualquier objetivo que se propusieran independientemente de quién estuviera dirigiendo la caseta. Aragonés dejó el puesto a las pocas semanas del triunfo de Viena y la Federación, consciente del potencial que atesoraban los seleccionables españoles, le entregó el mando a Vicente del Bosque, un técnico de perfil bajo con una hoja de servicios cuajada de triunfos al frente del Real Madrid. Del Bosque optó por no alterar el equilibrio de un equipo campeón e introduciendo algunas variantes en la lista, llevó a España a la consecución de su primer mundial en 2010 y la reválida del campeonato europeo en 2012 después de barrer a Italia en la final. La coherencia ha sido esencial para explicar estos cuatro años exitosos del fútbol español pero la apuesta por un determinado tipo de fútbol que, por el momento, siempre ha resultado ganador no es tan importante a nivel de análisis como las victorias en sí mismas. Son las victorias las que alientan, justifican y engrandecen la adscripción y la identificación con la patria. La reflexión sobre los medios para conseguirlas queda reservada para los teóricos mientras los españoles, que antes de 2008 no encontraban un buen motivo para sacar a pasear la bandera, celebran por las calles que, después de tantas penurias e intrascendencia, por fin su país es un país de ganadores.

Aragonés no sólo reinventó el juego de la selección española sino que además buscó premeditadamente un nuevo nombre para que España fuese reconocida en todo el mundo, un calificativo que arraigara en el discurso y que la prensa manejase con soltura. Imitando la tradicional nomenclatura de selecciones ganadoras, España pasó a ser conocida como *la Roja* del mismo modo que a la selección italiana se le llama *la Azzurra*, a Francia *les Bleus,* a Uruguay *la Celeste* o a Brasil *la Canarinha*[17]. *La Roja* representaba una nueva era en la historia del fútbol español y su uso se ha generalizado con bastante naturalidad, aunque a pesar de su popularidad no todos los aficionados españoles hayan coincidido en que sea realmente un término afortunado ya que *la Roja* remite con facilidad a tiempos en los que a los comunistas demonizados por la dictadura se les conocía como «rojos» y Dolores Ibarruri *la Pasionaria*, destacada lideresa del partido comunista en la clandestinidad, también era apodada *la Roja*. El color rojo sin duda representa a España pero adjetivarlo activa de inmediato determinadas consideraciones políticas estrechamente relacionadas con el periodo republicano, la guerra civil y el franquismo.

IV. Un nuevo espacio de identidad

Acostumbra a percibirse el deporte en general y el fútbol en particular como un ámbito teóricamente despolitizado en el que no hay cabida para expresiones que cuestionen las desigualdades e injusticias sociales. Normalmente el deportista encarna a la perfección los valores a los que cualquier ciudadano debería aspirar, valores centrados en el esfuerzo, el trabajo y la superación personal como único modo de borrar las diferencias sociales establecidas por medio de la jerarquía socioeconómica. El fútbol nunca es contestatario sino más bien integrador y representa de un modo positivo la legitimación del orden establecido en el que la promoción social es posible siempre y cuando se acaten las reglas que lo informan. Pero reconozcamos que el fútbol nunca puede ser un espacio de neutralidad ya que si observamos las dinámicas desde el propio terreno de juego hasta las políticas de gestión de clubes y federaciones nacionales, podemos identificar con claridad las fuerzas motrices que rigen las estructuras económicas y políticas de las naciones[18].

Partiendo de esta premisa en la que el fútbol no es un espacio exento de valoraciones y representaciones de las tensiones políticas, es posible interpretar las victorias de la selección española como un nuevo espacio en que los tradicionales discursos políticos son activados por aficionados, prensa y representantes de los poderes públicos. Dejando a un lado el jolgorio y la euforia por los trofeos y los goles, en los últimos cuatro años se ha asistido en España a un proceso de resignificación de la identidad nacional enmascarada bajo el pretendido apoliticismo del juego. Con el pretexto de la celebración de las victorias de la selección, se puede apreciar una nueva utilización de la bandera española desconocida hasta el momento en un contexto de alegría que, en aras de la armonía, nunca debe ser relacionado con cuestiones tan dramáticas como el convulso pasado de la nación. Exhibir la bandera en estos espacios suele ser considerado una muestra sana e inocente de un sentimiento positivo y en esa zona franca ideológica es donde operan las nuevas

17

18

tendencias que tratan de monopolizar la expresión nacional con los valores de la nueva nación alumbrada por la transición, una nueva nación con identidad propia representada por el escudo monárquico que se asocia a valores modernos. Sin embargo, esa «nueva identidad» está directamente relacionada con las líneas maestras del discurso nacionalista español que se formuló durante el siglo XIX por la intelectualidad burguesa y que se actualizó con la dictadura franquista para ofrecer al pueblo unas líneas de acción sencillas y concretas. En este sentido se enmarca el uso en la bandera de simbología mucho más informal que la institucional pero mucho más rica en su significado. Es habitual encontrar banderas que en lugar del escudo oficial, llevan estampadas las siluetas de un toro bravo o la imagen de Don Quijote y Sancho Panza, símbolos que proyectan bravura y nobleza, dos de los constituyentes elementales de la pretendida identidad española.

Las victorias en la Eurocopa de 2008 y el Mundial de 2010 fueron rápidamente instrumentalizadas por el discurso político. Los principales representantes públicos, especialmente los del Partido Socialista que ocupaban el gobierno por aquel entonces, proyectaron su idea de la España plural en la composición del combinado nacional, un elenco de jugadores procedentes de diferentes comunidades autónomas que, compitiendo con una misma camiseta, habían logrado conquistar cotas que hasta entonces se consideraban vedadas a los españoles por medio del esfuerzo conjunto, la inteligencia, la paciencia, la elegancia, el tesón y la juventud sabiamente guiada por manos experimentadas. El objetivo del panegírico era mostrar a todos los españoles que trabajando codo con codo y dejando a un lado las diferencias y las tensiones territoriales, España podía llegar a ser una de las naciones más exitosas del mundo[19].

Pero el éxito no sólo se explica con el cambio de modelo de juego. Desde las mismas tribunas se abundó en la idea de que España disfrutaba de la mejor generación de deportistas que jamás había tenido. La generación nacida en la década de los ochenta, la de la transición, una generación de españoles que jamás había visto a su selección ganar nada, una nueva generación en todos los sentidos, mucho más abierta y receptiva a las vicisitudes del mundo globalizado, una generación de personas perfectamente formadas y profesionales, una generación nacida en democracia, ajena a la memoria y las vivencias de la dictadura, más tolerante, dialogante y constructiva que las generaciones pretéritas. En definitiva, una generación llamada a liderar a la España del nuevo siglo en un mundo cada vez más complejo. El constructo era fácil pero no por ello real ya que esta «exitosa» generación procede de otra que sí vivió desde la niñez bajo los dictados del franquismo y su valoración del pasado más inmediato está irremediablemente mediada y en no pocas ocasiones guiada por la experiencia de esos familiares.

La profusión de banderas inundando el espacio público ya fuera colgadas de las ventanas, las terrazas, anudadas al cuello o a la cintura, estuvo acompañada de un cántico que se ha convertido en un himno referencial para aquellos que celebran las victorias de la selección. A diferencia de otras naciones que concentran su definición en lo colectivo, los aficionados españoles entonaron el *yo soy español* como una letanía. El cántico actúa como un proceso de autodefinición al emplear la primera

19

persona del singular y representa a la perfección la timidez y la cautela que todavía hoy se percibe a la hora de llamarse español. Yo, y sólo yo, puedo decir de mí mismo que *soy español* sin aventurar desde la propia voz que los demás se incluyan en mi mismo grupo pero el cántico al unísono, la suma de muchas primeras personas que se expresan de la misma manera, crea la colectividad de españoles y españolas que partiendo de unidades autónomas se encuentran en un mismo espacio para conformar el grupo de adscripción y construir una nueva expresión identitaria.

Estas grandes citas deportivas internacionales funcionan generalmente como una ocasión idónea para fortalecer los sentimientos patrios. Aprovechándose de la escenificación pacífica y civilizada de las rivalidades en un terreno de juego, política y prensa se sirven del lapso temporal de la competición en el que las tensiones y conflictos internos quedan en suspenso para centrar toda la atención en el papel de los deportistas con el objetivo de construir un relato identitario colectivo por medio de pronombres plurales inclusivos. *Nuestros* deportistas han ganado, *los nuestros* han marcado más goles o también *los nuestros* perdieron pero defendieron con orgullo *nuestro* honor. El *super-yo* colectivo se actualiza tanto en la victoria como en el fracaso, con resultados que si bien podrían presumirse dispares, no pocas veces son coincidentes[20].

Pero no sólo se puede responsabilizar al poder político de esta utilización del deporte como espacio de pacificación y canalización de la violencia sino que en los medios de comunicación de masas también es posible encontrar acciones que, si bien no persiguen un mismo objetivo, sí se sirven de las mismas herramientas. En el caso específico del resurgir identitario español, es imprescindible citar el papel esencial que jugaron las cadenas televisivas en la construcción de esta «clientela» nacional. Para la Eurocopa de 2008 fue Cuatro[21] el canal que planificó un nuevo concepto hasta entonces desconocido en España. Algunas semanas antes del comienzo de la competición, lanzó una campaña masiva bajo un eslogan sencillo y directo: *¡Podemos!*. Ese *podemos* trataba de sumar, es una conjugación en positivo en la cual tanto jugadores como afición participan, cada cual con arreglo a su función, para lograr un objetivo común. Ese *podemos* buscaba derribar las tradicionales barreras que el fatalismo español levantaba entre el esfuerzo y el éxito articulando la ilusión y la esperanza ante una tarea titánica. Y para escenificar esa comunión mediada por la televisión, el canal montó un escenario en la plaza de Colón de Madrid, bajo la atenta mirada de la enorme bandera anteriormente citada, y habilitó una pantalla gigante para que los aficionados tuvieran la oportunidad de animar a la selección todos juntos portando sus banderas españolas compradas en los comercios de productos de bajo coste, que habitualmente están regentados por inmigrantes chinos, y abandonasen esa bárbara y egoísta tradición de ver los partidos en casa con la única compañía de algunas amistades. Cuatro dijo que había llegado la hora de salir a tomar las calles para expresar sin complejos que los españoles eran una nación tan sana y válida como cualquier otra.

20

21

La estrategia funcionó, tanto para el canal que registró cuotas de audiencia hasta entonces desconocidas por un canal privado en España, como para los políticos que sólo tuvieron que reforzar el espíritu de la propuesta televisiva. El punto álgido se alcanzó después de la victoria en la final. Cuatro se vanaglorió de su perspicacia y visión al apostar por la selección y la Federación Española de Fútbol se vio obligada a levantar en tiempo record un escenario junto al del canal televisivo para capitalizar los fastos por la victoria, no quedar a la sombra de una empresa privada y no sucumbir a la vergüenza de que ni siquiera ellos mismos creían en la victoria unas semanas antes. En ese sentido, el papel de las empresas privadas ha sido capital en la canalización de todas estas manifestaciones. Para el Mundial 2010, Hyundai fue quien patrocinó la instalación de dos pantallas gigantes en la explanada que hay frente al Santiago Bernabéu y de nuevo Cuatro, esta vez junto a Telecinco, fueron las encargadas de las retransmisiones. Es posible que un intento de organización de este tipo por parte de los poderes públicos hubiera fracasado porque la creencia generalizada es que la empresa privada no tiene motivaciones políticas. La más mínima percepción de orientación hacia una ideología u otra habría significado el abandono de la afición precisamente por esa idea de que el deporte no entiende de izquierdas ni derechas. Tampoco las empresas. Y es precisamente en esa fusión de ingenuidad y euforia donde se alumbra la que nominalmente se considera la nueva españolidad que confía en la democracia, el libre mercado y la constitución como valores supremos. Sin embargo, bajo ese nuevo envoltorio, persisten las tensiones asimétricas que configuran una identidad que, a día de hoy y a pesar de los éxitos deportivos, sigue siendo problemática y conflictiva.

Bibliografía

Aguilar Fernádez, Paloma.: *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid: Alianza, 2008.

Alabarces, Pablo *et al.* (comp.): *Deporte y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1998.

Barbero, José Ignacio (ed.): *Materiales de sociología del deporte.* Madrid: La Piqueta, 1993.

Brohm, Jean Marie.: *Sociología política del deporte*. México: FCE, 1982.

Garton Ash, Timothy.: «La verdad sobre la dictadura» en *Historia y Política*, Madrid, nº 1 (1999): pp. 26-47.

Humbelaek, Carsten.: «La Constitución de 1978 como *lugar de memoria* en España» en *Historia y Política*, Madrid, nº 12 (2004): pp. 187-210.

Múñoz Soro, Javier.: «Sin complejos: las nuevas derechas españolas y sus intelectuales» en *Historia y Política*, Madrid, nº 18 (2007): pp. 129-164.

Núñez Seixas, Xose Manoel.: *Patriotas y demócratas. El discurso nacionalista español después de Franco*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2010.